

- LA EVOLUCION DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO EN 1964 EN TERMINOS DE SU ESTRUCTURA Y COMPOSICION
- LA URGENCIA DE UN PLAN MAESTRO PARA LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA

El Comercio Exterior de México en 1964

COMO se describe en el Informe del Banco de México, que aparece en este mismo número de la revista, la economía mexicana registró en 1964 un crecimiento que resulta de los más altos del mundo si no es que el mayor: 10% en términos reales. A ello contribuyeron en forma principal "el incremento de la producción agrícola derivada de las magníficas cosechas, la mayor actividad de exportación de bienes y servicios y un notable ascenso en la inversión pública y privada, todo ello junto a una mayor demanda de bienes de consumo, consecuencia tanto del aumento de la ocupación en general como del nivel de salarios". Asimismo, por tercer año consecutivo el saldo de la balanza de pagos del país fue favorable, se registraron mayores niveles de producción en las principales actividades económicas y a pesar del fuerte aumento de la demanda total (estimado en un 17%) "sólo se registró un alza media de 4.2% en el nivel de precios al mayoreo en la ciudad de México en virtud del importante incremento ocurrido en el volumen de la producción de bienes y servicios". Además, en 1964 "se produjo un apreciable aumento en el ingreso real de la población, toda vez que el ascenso del ingreso de los agricultores y de los trabajadores no agrícolas fue superior al de los precios de los bienes de consumo".

En materia de comercio exterior, la evolución fue también favorable y en el panorama general que ofrece, destaca por ejemplo que nuestra importación de bienes de producción creció un 25% mientras la de los de consumo aumentaba en sólo 2.7%, al par que continuaba el crecimiento de nuestras exportaciones, las cuales incluyeron diversos excedentes de productos agrícolas. El año pasado se acentuaron algunos síntomas favorables y ciertas perspectivas alentadoras que año tras año han podido señalarse en estas mismas páginas sobre la evolución de nuestro comercio exterior. Cada año, en efecto, se descubre una preocupación más acentuada por resolver los problemas de nuestro comercio exterior; cada año se demuestra que la conciencia de las necesidades y de los medios para satisfacerlas es más cabal y extensa; cada año es posible enumerar y ponderar los esfuerzos públicos y privados realizados en este campo, siempre crecientes y ya considerables. Sin embargo, por lo general es preciso concluir que el país no ha alcanzado aún el punto de flexión que permita anunciar que el comercio exterior de México ha tomado, por fin, el rumbo que un desarrollo económico acelerado exige en este sector. Por esta razón, puesto que siguen siendo valideras en lo fundamental las afirmaciones relativas a lo que va bien y a lo que está mal y las cuestiones que preocupan no desaparecen del panorama; puesto que debe admitirse la presencia de los factores que persistentemente impiden dar mayor dinamismo al sector externo de nuestra economía, en los siguientes párrafos se intenta presentar una revisión de los problemas básicos que aquejan a este sector, precisando en las partes respectivas la medida en que se han ido solucionando, en particular durante el año pasado.

No se trata, en este caso, de fijar responsabilidades, localizar alguna cabeza de turco o desatar la crítica sobre algún chivo expiatorio. Que las condiciones del comercio mundial juegan en contra de nuestras necesidades y perspectivas, es un hecho innegable; pero de nada sirve decirlo. No cambiaremos el signo de nuestros intercambios con la polémica internacional, por más vigorosas que sean nuestras reivindicaciones. Que el punto de partida de toda solución eficaz se encuentra dentro de nuestras fronteras, y que es aquí donde los sec-

tores público y privado deben entrelazar sus esfuerzos, en torno a una política común y a una acción coordinada, también es un hecho que nadie discute; ambas partes reconocen su responsabilidad, sus necesidades de ayuda recíproca, y pretenden estar haciendo frente al problema con todos sus recursos. Pero a la sombra de planes y propósitos de toda índole, el fenómeno de la debilidad de nuestro comercio exterior sigue teniendo sus consecuencias negativas sobre la economía nacional, sin que se avizore una salida.

COMPOSICION DE LAS EXPORTACIONES

(millones de dólares)

	1963		1964 (a)	
	Valor	%	Valor	%
TOTAL	935.9	100.0	1 026.5	100.0
Exportaciones tradicionales	553.4	59.2	559.9	54.6
Manufacturas (capítulos 6 y 8 de la Tarifa Arancelaria)	101.1	10.8	77.2	7.5
Otros	281.4	30.0	389.4	37.9

FUENTES: Dirección General de Estadística, SIC y Banco de México, S. A.

(a) Revaluación estimada.

Nuestras exportaciones siguieron creciendo, el año pasado a una tasa de 9.7%, inferior a la de 1963. En relación al total, ha aumentado su contenido manufacturado, ha disminuido la concentración del comercio en los productos tradicionales y se han canalizado en proporción creciente a nuevos mercados. Hay aquí una tendencia, un reflejo del esfuerzo tenaz de muchos años. Pero los avances logrados, aun acumulándose a lo largo del tiempo, no han modificado la estructura de nuestras exportaciones y sus debilidades fundamentales persisten: seguimos dependiendo de unos cuantos productos y mercados, y para estos últimos somos casi siempre proveedores marginales, y en una elevada proporción, indirectos. La defensa de nuestras exportaciones, protegiéndolas de las fluctuaciones de los mercados internacionales, con tanta frecuencia catastróficas para los países productores de materias primas, no ha podido aún instrumentarse adecuadamente; sólo coincidencias afortunadas han permitido evitar bajas pronunciadas de la cifra global (la caída del volumen o el precio de las exportaciones de alguno de nuestros productos principales, por ejemplo —el algodón en 1964— ha podido compensarse con una elevación temporal de las ventas o del precio de otros artículos). Al mismo tiempo que se depende cada vez menos de las exportaciones tradicionales (las de los once productos principales pasaron del 59.2% del total en 1963 al 54.6% en 1964 —con un descenso de más de diez puntos en los últimos cinco años) se ha reducido también la proporción relativa a los productos manufacturados, consignados en la sección respectiva de la tarifa arancelaria —que no incluye, desde luego, manufacturas incorporadas en otras secciones como la de comestibles— (que pasó del 10.8% en 1963 a 7.5% en 1964) atemperándose así la esperanza que había surgido por la evolución de éstas en los últimos años. En relación con las exportaciones tradicionales, si se consideran únicamente los cinco productos que constantemente se han encontrado en el cuadro de exportaciones de los últimos decenios (algodón, café, plomo, cinc y cobre) se observa que las ventas de este grupo crecieron en 1964, compensando la disminución en las ventas de algodón con aumentos en las de café, cinc y plomo. Como puede verse, nuestra dependencia de unos cuantos productos persiste, y su comportamiento determina de manera decisiva la evolución global de nuestras exportaciones.

En materia de importaciones, que también crecieron (a una tasa de 20.4%), lo importante no es su magnitud sino su composición. Teóricamente, el nivel de las importaciones debe elevarse tanto como lo permita la balanza de pagos, para contribuir al desarrollo económico del país. Pero independientemente de su nivel, el gasto de divisas en el exterior, por este concepto, debe dedicarse a la adquisición de bienes necesarios para el desarrollo, eliminando, o reduciendo al mínimo, la de bienes de consumo no indispensables. La política general que pretende aplicarse en este terreno implica, por una parte, la selección de las importaciones con el criterio mencionado, y por la otra, el control de nuestras compras para proteger a la industria nacional. Respecto a lo primero, las estadísticas muestran que la composición de nuestras importaciones ha permanecido prácticamente invariable en los últimos años, a pesar de cambios tan positivos como el ocurrido el año pasado. La medida gruesa que ofrece la clasificación por grupos económicos lo demuestra de una manera general: hace tiempo que los bienes de consumo representan la quinta parte de nuestras compras, y los bienes de producción las cuatro quintas partes restantes. Estudios más finos corroboran esta situación general: las compras de automóviles, por ejemplo, han crecido en forma más acelerada que las de instalaciones de maquinaria (las cuales, incluso, disminuyeron al-

gunas veces en años recientes) sin que se redujeran en forma señalada las de bienes de consumo suntuario. Desde luego, como en otras ocasiones, es posible encontrar síntomas alentadores en este terreno, que contribuyen a remediar la situación: en 1964 disminuyeron, por ejemplo, casi hasta desaparecer, las compras de maíz, y crecieron, de manera apreciable, las de tractores, máquinas herramientas, abonos químicos, etc. Por secciones de la tarifa arancelaria, debe destacarse muy especialmente el decremento de las importaciones de comestibles, tabacos y bebidas y el aumento de las compras de maquinaria, máquinas y herramientas. El motivo de preocupación en este aspecto es que los cambios importantes en la composición de nuestras importaciones no parecen deberse a una tendencia consistente, que surja como resultado de una política y de las necesidades de la economía nacional; más bien parece corresponder, en cambio, a factores circunstanciales no controlados (cuando en algunos años, por ejemplo, la producción agrícola hace innecesaria la importación de alimentos y de ciertas materias primas).

IMPORTACION POR SECCIONES DE LA TARIFA ARANCELARIA

(millones de dólares)

	1963	1964 (a)	Cambio en %
TOTAL	1 239.7	1 492.9	+ 20.4
Comestibles, bebidas y tabacos	77.5	58.7	— 24.2
Materias primas inclusive combustibles	120.8	157.7	+ 30.5
Productos químicos	194.2	212.1	+ 9.2
Artículos manufacturados	143.9	160.7	+ 11.6
Maquinaria, máquinas, herramientas	582.7	775.8	+ 33.1
Otros	5.4	10.2	+ 88.8
Perímetros Libres	115.2	117.7	+ 2.2

FUENTES: Dirección General de Estadística, SIC y Banco de México, S. A.

(a) Revaluación estimada.

Como se señalaba en el editorial de Comercio Exterior de octubre de 1964, manejando las estimaciones sobre el comercio exterior de ese año disponibles en aquella fecha, el crecimiento de las importaciones del año pasado se deriva principalmente de la recuperación de la economía (que provocó una mayor demanda interna, especialmente de aquellos renglones que se habían dejado de importar durante la atonía de la inversión privada que se presentó en el periodo inmediatamente anterior) y de un aflojamiento en el control selectivo de las importaciones. De esto último dan buena cuenta los datos relativos al crecimiento de muchos renglones de consumo, el más destacado de los cuales, ya citado, es el de automóviles para personas (que se elevó en más de 20%). Hay que agregar, además, que nuestras importaciones desde los perímetros libres, no obstante todo lo que se ha hecho para que disminuyan, aumentaron ligeramente en 1964, respecto a 1963.

De otra parte, en lo relativo a la protección de la industria nacional, es indispensable tener presentes las siguientes consideraciones. En primer término, las posibilidades obvias de la sustitución de importaciones parecen agotadas y el proceso respectivo no puede ser tan fácil como lo fue hace algunos años, cuando la simple protección arancelaria o la prohibición de importar bastaban para realizar la sustitución. En segundo lugar, los hechos han venido a demostrar que la función principal de la política proteccionista ha ido quedando sin efecto y que en los últimos años ha provocado serias deformaciones en la economía nacional. Numerosos grupos empresariales han insistido, sobre todo en los últimos tiempos, en la necesidad de revisar la política gubernamental en esta materia, pues su estructura, en el curso del tiempo, ha llegado a producir efectos contraproducentes: en muchos casos, propicia el crecimiento de empresas ineficientes, facilita la elevación innecesaria de los precios, y el aumento de costos de la industria nacional, distorsiona la orientación de la inversión, etc. Con frecuencia, incluso, las protecciones impiden la concurrencia de manufacturas mexicanas a los mercados mundiales, por el alto costo de las materias primas protegidas innecesariamente (el caso del calzado, por ejemplo). En el ánimo de todos parece estar ya el convencimiento de que la política proteccionista necesita vincularse estrechamente, de una manera planeada y racional, a la política económica, desligándola de necesidades únicamente comerciales y sustituyendo una protección basada en el estudio de casos específicos por una política general flexible que corresponda a la planeación del desarrollo económico nacional.

La política de diversificación del comercio exterior de México, que ahora todos reciben con beneplácito, no ha permitido modificar la estructura geográfica de nuestros intercambios. Es cierto que han estado aumentando nuestras relaciones comerciales con Europa, América Latina y otras partes del mundo, pero la proporción que absorbe Estados Uni-

dos en nuestro comercio global permanece casi invariable. En este aspecto, es preciso tomar en cuenta que la política de diversificación, aunque por sí misma se justifique como tendencia a largo plazo, sólo puede realizarse en la medida en que consigamos mejores condiciones con otros clientes y proveedores, y que ello sólo puede lograrse mediante un esfuerzo continuado y amplio. Para hacer frente a las difíciles condiciones de los mercados mundiales, compitiendo a la vez con países de desarrollo similar al nuestro y con los industrializados, y para conseguir términos más favorables en nuestras compras, se requiere un esfuerzo interno de gran magnitud que no se refiere sólo a una política comercial, sino que se enlaza decisivamente con el proceso de industrialización y planeación de la economía.

No puede dejar de mencionarse, aunque debe ser motivo de otro comentario, la evolución de nuestras relaciones comerciales con la ALALC. Como se describe en el editorial de Comercio Exterior del mes pasado, se trata de uno de los fenómenos más alentadores en el panorama de nuestro comercio exterior, no sólo por su incremento cuantitativo (alrededor del 37% de aumento en 1964 respecto a 1963) sino por su composición, significado y perspectivas.

La evolución del comercio exterior de México en 1964 demuestra, una vez más, pese a los elementos sumamente positivos que contiene, que para modificar el signo de nuestros intercambios resulta indispensable una acción coordinada de gran alcance de los sectores público y privado, es que la política comercial, tanto de exportaciones como de importaciones, corresponda a los requerimientos de un plan nacional de desarrollo, conforme al cual el gobierno reúna los esfuerzos que actualmente efectúan de manera dispersa las múltiples dependencias oficiales relacionadas con el comercio exterior, y los empresarios, por su parte, demuestren en la práctica que efectivamente están dispuestos a salir del marco del protegido pero raquítrico mercado interno, afrontando los riesgos de los mercados internacionales, y que al mismo tiempo son capaces de operar sobre bases de eficiencia e iniciativa y no al amparo de la protección gubernamental, con frecuencia deformante e ineficaz.

Un Plan Maestro de Integración Regional

EL fruto de los numerosos estudios y de las incontables prédicas a favor de la integración regional que se vienen acumulando a ritmo creciente en estos últimos años, parece a punto de madurar. Aunque suene temerario, y sin duda lo es, elaborar planes concretos a muy largo plazo para enmarcar en ellos la evolución de América Latina, el ambiente creado por los estudios y las prédicas, así como por la comprobación reiterada de que seguir como hasta ahora entraña peligros más patentes cada vez, permite una osadía como esa y obliga a pensar gravemente, ya no en el realismo o fantasía de la pretensión, sino en el retoque o la modificación de algunas de las medidas que se proponen.

Que el Presidente de Chile haya solicitado la opinión de cuatro eminentes personalidades latinoamericanas que dirigen centros orientadores de la economía regional y que, a título personal, el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Felipe Herrera, haya auspiciado la formulación de un plan de integración en 15 años asistido por un selecto grupo de economistas, son ambos hechos difíciles de concebir poco tiempo atrás y que, desde luego, reflejan ese ambiente nuevo resultante de la confluencia de una angustiosa coyuntura de deterioro y de un reconocimiento de la razón que asiste a la escuela de corte regionalista.

La situación podría resumirse en estos términos: es consenso general y ya casi indiscutible, al menos teóricamente, que la única vía de salida para América Latina está en la integración económica, pero al mismo tiempo subsisten importantes divergencias en cuanto a la forma, o sea la estrategia y la táctica, que habrá de adoptarse para llevarla a cabo. De aquí el singular interés que ofrecen las ideas de Eduardo Frei, el plan de Felipe Herrera y los planteamientos que pronto darán a conocer, en común, Raúl Prebisch, el propio Herrera, José Antonio Mayobre y Carlos Sanz de Santamaría. Valga advertir que no se trata de ninguna taumaturgia, ni tampoco de desdeñar otras manifestaciones del pensamiento latinoamericano aplicado a los problemas económico-sociales del área concebida en su conjunto. Son muchas las mentes que están cavilando sobre lo mismo y las instituciones que no cejan en el empeño de encontrar soluciones adecuadas ora para un sector, ora para un aspecto, ora para la cuestión global. Las zonas de estrangulamiento, es decir, aquellas que en la práctica, lo mismo que en el concepto doctrinal, están demostrando ser las fundamentales y, a la vez, las más erizadas de obstáculos, parecen bastante bien definidas. La aporta-

ción que en este sentido hacen los organismos subregionales de integración —la ALALC y el Mercado Común Centroamericano— y las experiencias que en su labor reúnen la CEPAL, el BID, el CIAP, y, en el campo monetario, el CEMLA, permiten disponer de un cuadro suficientemente completo, preciso y claro, de los escollos y de las posibles vías de apertura y de acción. Sin embargo, esa proliferación de entidades que operan en el mismo ámbito determina que unas incidan en su labor con la de las otras, sin que hasta el presente hayan logrado coordinar sus esfuerzos en el grado necesario. Ideas similares, quizá desenvueltas como variantes originales, van rodando de uno a otro estudio y de ésta a la otra conferencia o reunión sin que encuentren el centro de poder que las haga realidad; otras veces, una concepción de los factores claves de un problema y de las líneas pertinentes para resolverlo se cruza con otra un tanto antagónica, sin encontrar oportunidad de ventilar su buen fundamento o su naturaleza errónea; en todo caso, en múltiples ocasiones se espesa la maraña de las ideas revueltas o en discordia y se desemboca en la perplejidad y el desconcierto.

De ahí, también, la trascendencia de la tentativa de esclarecimiento y encuadramiento que ahora presenciamos y de las perspectivas que, a través de los mencionados organismos subregionales de integración y de las instituciones regionales, se abren para una etapa inmediata. Se avecinan multitud de conferencias en las que los temas básicos serán la integración económica en sí o diferentes aspectos de la misma; pero en la actual coyuntura esas reuniones están llamadas a decidir, a resolver, a abrir nuevos cauces para la actividad coordinada y a establecer los mecanismos o sistemas que las harán posibles. Conviene percatarse de la extraordinaria consecuencia que todo ello, si fuera posible articularlo racionalmente y con sentido realista, puede tener para América Latina y, por consiguiente, de que se vive un momento que requiere de todos los países latinoamericanos (de sus gobernantes, de sus grupos dirigentes, de sus intelectuales, de los pueblos, allí donde estén despiertos y puedan manifestarse con libertad) un esfuerzo muy particularmente intenso. Nunca como ahora, desde que se pusieron en marcha los organismos subregionales de integración, ha estado América Latina en trance igual de alumbrar nuevas ideas de aceptación común y de encontrar caminos inéditos para seguir adelante.

Sería interminable la enumeración de todas las asambleas y reuniones latinoamericanas que van a efectuarse en los meses venideros, pero si conviene recordar que comprenden una Conferencia de Cancilleres en la ALALC, varias de la banca privada y de la banca central, varias igualmente sobre el transporte acuático, y un gran número de juntas sectoriales de la industria, apoyadas en esta ocasión en proyectos específicos que preparan comisiones ad-hoc con la asistencia de instituciones regionales. Centroamérica, que ha avanzado más hacia la integración, estará presente en algunas de estas asambleas.

Ahora bien, la influencia que en el buen resultado de estas conferencias, en las que se adoptarán decisiones de orden fundamental, puede ejercer un plan maestro de naturaleza global es evidente. Responde, pues, a una necesidad cierta y no imaginaria disponer de ese plan, en el que además de objetivos de consecución gradual, por etapas, se precisen los aspectos estratégicos y tácticos, esto es, las líneas de acción fundamentales y los mecanismos operativos. Tal es la concepción que inspira el plan de Felipe Herrera (que se publicará en el siguiente número de nuestra Revista), digno desde luego de un análisis a fondo y pormenorizado que no cabe en la presente ocasión. No obstante, conviene adelantar que la clave estratégica del plan para alcanzar en un plazo de 15 años, es decir para 1980, una fase de integración cabal, radica en

“... una política de inversiones multinacionales en los sectores estratégicos: industrias dinámicas de base, producción agrícola y oferta de alimentos, infraestructura de interconexión y regiones fronterizas.”

Lo anterior presupone la coordinación financiera regional y la implantación de sucesivos mercados comunes sectoriales; significa, asimismo, un juego de instituciones nuevas encabezadas por un Consejo de Gobierno de la Comunidad Económica de América Latina que habría de implantarse mediante la negociación y firma de un Tratado General. La integración, conforme lo piensan Herrera y los economistas de su grupo, ha de seguir fundamentalmente la ruta de la coordinación de las políticas económicas, relegando a segundo término los programas de liberalización general del comercio.

Estas tesis, que en el documento titulado La integración de la América Latina (de la Zona de Libre Comercio a la Comunidad Económica), se fundamentan en afinados análisis y en disquisiciones que no excluyen la geopolítica, son las que podrían constituir una línea precisa de debate y examen entre los organismos subregionales, las instituciones regionales y los grupos dirigentes e intelectuales de América Latina para concertar, a corto plazo, el plan maestro de la integración regional que se ha convertido ya en instrumento indispensable.